

El hombre que escapó de Auschwitz
para alertar al mundo

EL MAESTRO DE LA FUGA

«Un clásico instantáneo.» Antony Beevor

JONATHAN FREEDLAND

 Planeta

JONATHAN FREEDLAND

EL MAESTRO DE LA FUGA

El hombre que escapó de Auschwitz para alertar al mundo

Traducción de David Paradela López

7 de abril de 1944

Después de varios días de retraso, semanas de obsesiva preparación, meses observando las tentativas fallidas de otros y dos años contemplando las profundidades a las que puede llegar a rebajarse el ser humano, por fin había llegado el momento. Era la hora de escapar.

Los otros dos prisioneros ya estaban en el lugar designado. Sin decir nada, hicieron un gesto de asentimiento con la cabeza: «Vamos allá». Walter y Fred no dudaron. Se subieron a los maderos, encontraron la abertura y, uno tras otro, se metieron dentro. Al cabo de un segundo, sus compañeros recolocaron los tablones encima de sus cabezas. Uno de ellos susurró: «*Bon voyage*».¹ Después, todo quedó oscuro y en silencio.

Sin perder un instante, Walter se puso manos a la obra. Sacó el *machorka*, el tabaco soviético barato del que le habían hablado. Lo había preparado siguiendo unas instrucciones muy precisas: empapando el tabaco en gasolina y dejándolo secar. Poco a poco, lo introdujo en los resquicios de los tablones, a veces soplando suavemente para colocarlo

en su sitio, esperando con todas sus fuerzas que el prisionero de guerra soviético que le había enseñado ese truco estuviera en lo cierto y el olor repeliera a los perros. De todos modos, no todo dependía de la pericia de Walter. Antes de eso se habían asegurado de que el suelo que rodeaba el escondrijo estuviera generosamente rociado con el tabaco tratado, para que los perros de las SS ni siquiera se acercasen.² Si la confianza en aquel soldado del Ejército Rojo estaba justificada, Walter y Fred podrían pasar todo el tiempo que necesitaban —tres días y tres noches— agazapados en silencio en aquel agujero abierto bajo la pila de leña sin que nadie los molestase.

Walter se quedó mirando las manecillas fosforescentes del reloj.³ El tiempo no avanzaba. Quería levantarse y estirarse, pero no podía. A pesar de los calambres en los brazos y las piernas, era consciente de que había que aguantar, y aguantar en silencio. Hablar era demasiado arriesgado. En un momento dado, Walter notó que Fred, seis años mayor que él, le tomaba la mano y se la apretaba.⁴ Walter tenía diecinueve años.

¿Qué había sido eso? Se oían pisadas, y estaban cada vez más cerca. ¿Sería ese el fin para ellos, cuando apenas habían comenzado? En un acto reflejo, ambos echaron mano a sus cuchillas. Una cosa estaba clara: podían capturarlos, pero jamás llegarían a interrogarlos.⁵ Antes dejarían el pellejo en aquel hoyo bajo tierra; su escondrijo sería su tumba.

Aun así, los SS los sacarían de ahí. Arrastrarían sus cadáveres hasta el campo y los recostarían sobre unas palas o los colgarían en la horca con un letrero de advertencia colgado al cuello. Cada vez que fracasaba una fuga, monta-

ban el mismo espectáculo. Convertirían los cadáveres en trofeos.

Walter tenía la impresión de que los nervios se le agarrataban más y más con cada segundo que pasaba. El hoyo era minúsculo. Pero entonces las pisadas, si es que eso eran, se alejaron.

Ese viernes, a las seis de la tarde, estalló el alarido de la sirena. Su gemido estremecía el aire y helaba la sangre en las venas: era como mil manadas de lobos aullando al unísono. Los dos compañeros la habían oído en multitud de ocasiones; su sonido era tan penetrante que hasta los hombres de las SS se tapaban los oídos con los dedos. Un ruido insoponrible, pero que los reclusos escuchaban satisfechos: significaba que al menos uno de los suyos había faltado al recuento de la tarde; y que, a lo mejor, un prisionero se había escapado de Auschwitz.

Era la señal. Fred y Walter salieron del espacio principal, construido para albergar a cuatro personas, y se introdujeron en el ramal lateral, una especie de pasadizo donde solo cabían dos. Pretendía ser una capa adicional de protección: un escondrijo dentro del escondrijo. Se apretujaron y se quedaron quietos como dos muertos, uno junto al otro.⁶ Para Walter, fue casi un alivio. Ahora, por fin, la espera había terminado; comenzaba la batalla.⁷ Ambos se habían tapado la boca con una tira de franela, para no delatarse —ni delatar al otro— tosiendo.⁸ Lo único que se movía eran las manecillas fosforescentes del reloj.

Ellos no lo verían, pero sabían lo que anunciaba la sirena. Enseguida pudieron oírlo: había empezado la caza al hombre. El trote de casi dos mil pares de botas retum-

baba en el suelo, los oficiales de mayor rango proferían blasfemias y ladraban órdenes a grito pelado —a la vista de lo sucedido un par de días atrás, otra fuga podía ser humillante—, los perros husmeaban jadeantes en busca de la más frágil y mínima señal de vida humana: doscientos canes adiestrados y preparados justo para ese propósito.⁹ Los SS registrarían cada montículo, peinarían cada arbusto, examinarían cada zanja y alumbrarían cada trinchera de aquella enorme metrópolis de la muerte llamada Auschwitz.¹⁰ La búsqueda había comenzado y no acabaría hasta pasados tres días.

Fred y Walter podían estar totalmente seguros de eso, porque los nazis tenían un protocolo de seguridad del que nunca se desviaban. Se encontraban en la parte exterior del campo, donde los prisioneros trabajaban como esclavos, que solo se vigilaba durante las horas de luz, mientras los internos estaban trabajando. No hacía falta vigilarla por las noches, cuando los prisioneros regresaban en rebaño al interior del campo, con su doble fila de alambradas eléctricas. Solo había una excepción a esa regla: cuando faltaba un recluso que quizá hubiera intentado fugarse, los SS mantenían el anillo exterior de centinelas armados y en cada torre de vigilancia se apostaba un hombre con una ametralladora.

Ese sería el panorama durante las setenta y dos horas siguientes, mientras durase la búsqueda. Después, se daría por hecho que los fugitivos habían escapado: a partir de ese momento, la encargada de ampliar la zona de búsqueda y encontrarlos sería la Gestapo. Los centinelas del cordón exterior recibirían la orden de retirarse, dejándolo sin vigilancia. Lo cual quería decir que había una brecha en las defen-

sas nazis. No exactamente una brecha, sino más bien una laguna. Si de algún modo, después de que sonara la alarma, un prisionero conseguía aguantar tres días y tres noches escondido en el perímetro exterior mientras los SS y sus perros intentaban dar con su rastro, a la cuarta noche se encontraba con que en el campo exterior no había vigilancia. Y entonces, podía escapar.

Walter oyó una voz conocida. Aquel borracho asesino, el *Unterscharführer* Buntrock, andaba por ahí cerca, dando órdenes a sus infortunados subalternos. «Miren detrás de esos tablones —decía—. ¡Piensen con la cabeza!».

Fred y Walter se prepararon. Los hombres de las SS se acercaban. Oyeron cómo sus botas pisaban los tablones de encima, espolvoreando de arena fina la cavidad donde se escondían. Los perseguidores estaban tan cerca que Walter alcanzaba a oír hasta su respiración jadeante.¹¹

A continuación llegaron los perros, que arañaron la madera, resoplaron y olfatearon entre los tablones; sus bufidos podían oírse a través de las paredes y el techo de madera. ¿Se habría equivocado el prisionero soviético con su receta especial para el tabaco? ¿O habría entendido mal Walter sus instrucciones? ¿Por qué el olor no hacía recular a aquellos animales?

Esta vez Walter echó mano a la navaja en lugar de a la cuchilla; quería un arma para usar contra otros, no contra sí mismo. Notó cómo le latía el corazón.

Milagrosamente, el instante pasó. Los hombres de las SS y sus perros se alejaron. Dentro de la pequeña fosa que les servía de escondrijo, Fred y Walter se permitieron recomfortarse esbozando una sonrisa.

Pero el alivio no duró mucho. Toda la tarde y la primera noche fue un ir venir de pisadas y ladridos de perros; primero más fuertes, después más tenues, posteriormente otra vez más fuertes: la patrulla volvía a registrar su rincón del campo. A Walter le agradaba pensar que percibía cierta frustración en la voz de los hombres de las SS cada vez que batían aquella porción de terreno. Oyó cómo maldecían al rastrear por segunda y hasta por tercera vez un montón de maderas o tejas, peinando una zona que ya habían peinado hasta en dos ocasiones.

Ambos se morían de ganas de flexionarse o estirarse, pero apenas se atrevían. Walter estaba ansioso por calentarse las manos y los pies helados, pero al menor movimiento sentía un calambre espantoso que le atenazaba el cuerpo entero. Cuando uno de los dos se adormecía, el otro permanecía en guardia, atento a cualquier indicio de movimiento. Ni siquiera el sueño traía descanso, solo pesadillas de un presente interminable, encallados en aquel cajón subterráneo: estar bajo tierra era el infierno, y lo de arriba era aún peor.

Oyeron el inicio del turno de mañana, el familiar sonido de los trabajos forzados. Dado que se encontraban en una zona en construcción, enseguida empezó a oírse el estruendo de la madera, el fragor del metal, el ladrido de los perros y los gritos de los SS y sus secuaces.¹² Fred y Walter sabían que el riesgo de que los trabajadores tocaran su pila de madera era mínimo —no estaba previsto que aquellos tabloncillos fueran a utilizarse en breve—, pero igualmente les costaba relajarse. Pasaron unas diez horas hasta que el ruido se calmó y el *Kommando* regresó a los barracones.

Durante todo ese tiempo, los dos se mantuvieron inmóviles, conscientes de que en el campo interior los SS debían de estar registrando cada chamizo, cada almacén, cada baño, cada letrina y cada cobertizo, poniendo patas arriba hasta el último barracón. Naturalmente, seguían un sistema: el método consistía en buscar describiendo una serie de círculos concéntricos, con los perros rastreadores en el centro para acechar a la presa. Cuando terminaban con el último círculo, vuelta a empezar.

Los nazis se les acercaron tanto y en tantas ocasiones que a Walter le parecía un milagro que no los hubiesen descubierto hacía horas. Fred era de otro parecer. «¡Bastardos, mira que son idiotas!», decía cada vez que era seguro romper el silencio.¹³ Quizá lo hacía para disimular el miedo. Al cabo de veinticuatro horas, ni Fred ni Walter habían sido capaces de comer o beber nada. Habían almacenado algunas provisiones en aquel angosto pasaje: varios kilos de pan, cuidadosamente racionados en trozos,¹⁴ así como algo de margarina¹⁵ y una botella llena de café frío.¹⁶ Sin embargo, los nervios estaban tan a flor de piel, que ninguno de los dos se veía con estómago para tocar nada.

De alguna manera, las horas transcurrieron hasta que llegó el domingo. Por fin decidieron moverse. Por primera vez desde que habían sonado las sirenas, salieron de la cavidad lateral al búnker, relativamente amplio en comparación. Aunque Walter había intentado rellenar con tabaco las rendijas de la pared y del techo, algunas habían quedado destapadas y la neblina helada de la mañana se filtraba a través de ellas.¹⁷

Estaban agarrotados de tanto estar quietos. Fred no podía mover el brazo derecho y había perdido la sensibilidad en los dedos.¹⁸ Walter masajeó el hombro de su compañero para que volviera a circular la sangre. No se quedaron mucho rato en la parte amplia del escondrijo.

Los SS seguían buscando. Fred y Walter se quedaron helados al oír a dos hombres, alemanes, a pocos metros de distancia. Era primera hora de la tarde y acertaron a oír cada palabra.

—Es imposible que se hayan escapado —dijo uno—. Tienen que estar todavía en el campo.¹⁹

Los alemanes se pusieron a especular sobre el posible escondite de Fred y Walter.

—¿Qué me dices de esa pila de madera? —preguntó uno, señalando claramente algo.

Walter y Fred se quedaron quietos.

—¿Crees que podrían estar escondidos ahí abajo? —dijo la segunda voz—. A lo mejor han abierto una pequeña zanja.

El primero lo consideró improbable.

—Al fin y al cabo, los perros han pasado por allí una docena de veces —dijo como reflexionando en voz alta, y era cierto.

Salvo que los judíos desaparecidos hubieran encontrado algún método ingenioso de despistar a los perros. Continuaron discutiendo y uno de los dos comentó que «valía la pena intentarlo». Oyeron cómo los soldados se abrían paso hacia los tablones.

Walter sacó otra vez el cuchillo. Fred hizo lo mismo.

Los dos alemanes se subieron a la pila de madera y em-

pezaron a desmontarla, tablón por tablón. Retiraron la primera capa, luego la segunda y, con cierto esfuerzo, la tercera y la cuarta.

Si hubiera ocurrido diez segundos después, habría sido demasiado tarde. No era la primera vez, sino la octava o novena, que Walter salvaba la vida gracias a un golpe de suerte; en esta ocasión, gracias a uno que parecía cronometrado al segundo.

A lo lejos había estallado una conmoción. Voces distantes, excitadas. Fred y Walter oyeron que los hombres que estaban justo encima de ellos se detenían, aparentemente para aguzar el oído y averiguar qué estaba sucediendo. Pasó un segundo. Luego otro. Por fin, uno de los dos dijo:

—¡Los tienen! Vamos... ¡Corre!²⁰

Desde abajo, Fred y Walter oyeron alejarse a los que habrían podido ser sus descubridores.

La noche del domingo dio paso a la mañana del lunes. Empezaba la cuenta atrás. Walter no hacía sino mirar las manecillas de su reloj, consciente de que si conseguían aguantar un poco más...

Empezó el turno de mañana, y con este, otras diez horas de ruido y ladridos, tanto humanos como animales. Cada minuto transcurría a un ritmo agonizante.

Finalmente, el *Kommando* regresó a los barracones. Los tres días ya casi habían terminado.

A las 18:30, Walter y Fred oyeron por fin el sonido que tanto habían esperado: «*Postenkette abziehen! Postenkette abziehen!*». Era la orden de retirar la *grosse Postenkette*, el anillo exterior de puestos de guardia, que pasaba a gritos de

una torre de vigilancia a la siguiente y la siguiente, y así por todo el perímetro, haciéndose más fuerte conforme se acercaba, desvaneciéndose conforme se alejaba, hasta completar la vuelta entera. Para Fred y Walter, aquellas palabras, gritadas por los mismos hombres que habían esclavizado y asesinado a cientos de miles de personas, sonaban como la más dulce de las músicas. Suponía la admisión de la derrota por parte de las SS, el reconocimiento de que no habían logrado capturar a los dos prisioneros extraviados.

Tal como exigía el protocolo de las SS, el anillo exterior de torres de vigilancia fue desalojado y el cordón de guardia se limitó a la zona interna. Walter oyó que los guardias de las SS regresaban a las torres de la parte interior. Ese era el gran fallo del sistema de Auschwitz, la fisura a través de la cual él y Fred hacía tiempo que habían planeado evadirse.

Sintieron la imperiosa tentación de echar a correr, pero se contuvieron. Primero tenían que salir de la cavidad lateral. Para Walter, incluso dar un paso al frente era causa de un agudo dolor en los brazos, las piernas, el tronco y el cuello.²¹ Tenía los músculos rígidos y fríos; sus primeros movimientos fueron bruscos e inseguros, como si su cuerpo necesitara reaprender sus funciones motoras básicas. Tardaron un rato, pero por fin llegaron al foso principal. Se pusieron en cuclillas y se estiraron, haciendo rotaciones con las muñecas y los pies; se abrazaron en la penumbra.²²

Después de eso, inspiraron profundamente y presionaron el techo con las palmas de las manos, intentando levantar el tablón de madera. Pero no se movía. Probaron en otro punto. Tampoco. ¿Sería ese el error fatal de su plan? ¿Se habían encerrado por accidente en su propia tumba? Era lo

único que no habían practicado ni se habían planteado. Habían dado por hecho que el tablón, igual que podía ponerse, también podría quitarse. Pero levantar tablonces es fácil desde arriba, cuando puedes retirarlos uno a uno. No lo es tanto desde abajo, cuando el peso de la pila hace presión.

Empujando a la par, gruñendo de dolor, consiguieron levantar uno de los tablonces inferiores apenas un centímetro. Suficiente para tener un punto de agarre. Ahora podían manipularlo, lo justo para empujarlo hacia un lado. Fred se giró hacia Walter sonriendo.

—Gracias a Dios que esos alemanes casi nos encuentran —murmuró—. Si no hubieran movido los tablonces, nos habríamos quedado atrapados.²³

Tardó más de lo que habían imaginado, pero finalmente apareció una abertura en el techo de lo que, desde el viernes, había sido su casa. Se vislumbraba el cielo iluminado por la luna.

Volvieron a reunir fuerzas para empujar las tablas, hasta que, haciendo un descomunal esfuerzo, pudieron levantarse y salir. Por fin lo habían conseguido. Estaban fuera del hoyo.

Pero aún no habían salido del campo. Todavía les quedaba mucho terreno por recorrer si querían convertirse en los primeros judíos que se fugaban de Auschwitz para no volver. Aun así, para el joven Walter Rosenberg fue una sensación embriagadora, si bien es cierto que no del todo novedosa. Porque aquella no era su primera fuga. Ni sería la última.